

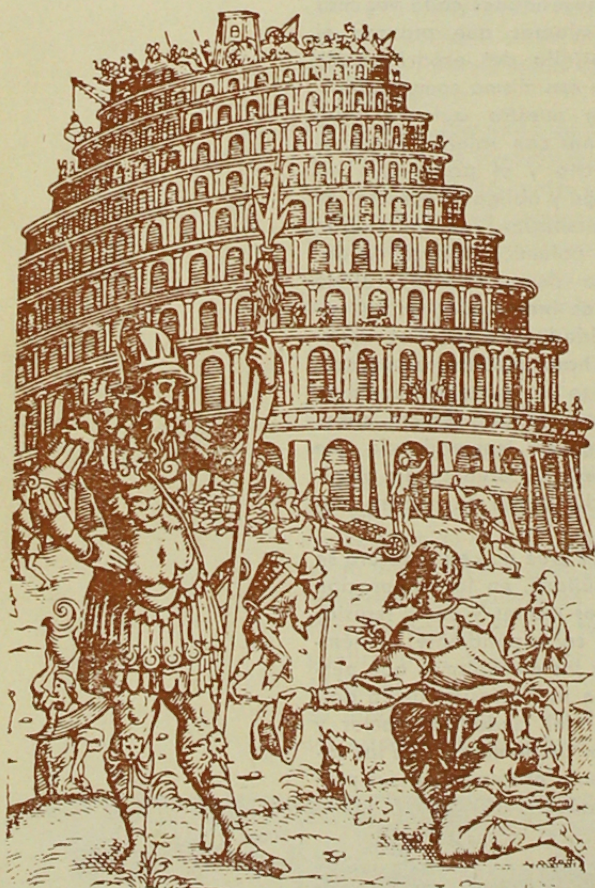
Y dijeron los unos a los otros:  
Vaya, hagamos ladrillo y cozámos-  
lo con fuego. Y fueles el ladrillo en  
lugar de piedra y el betún en lu-  
gar de mezcla.

Y dijeron: Vamos, edifiquémonos  
una ciudad y una torre cuya cú-  
spide llegue al cielo.

Génesis, Cap. 11

# EN BUSCA DE LA ALTURA

ARQUITECTO  
CARLOS BARELLA I.



Enfrentando a la propia sombra, devuelto desde el espacio enorme, sumergido, a veces, en la envolvente de la soledad, renacido, tal vez, desde el origen de todos los mundos, retrocedía el pensamiento y se elevaba como un puño de arcilla y roca. En la lejanía, las aguas en reposo marcaban la horizontalidad, y la línea vertical, nacida de la fuerza primigenia de la gravedad, la quebraba en la escuadra geométrica. La paz de las arenas se alborotaba con la tensa directriz de la plomada y desde el fondo de la esfera surgía la flecha en busca de la altura, huyendo de esa fuerza esclavizante. Quizás, allí brilló el espíritu del hombre y, abandonando al gu-

sano horizontal, alzó la cerviz hacia los aires; y desde entonces viene por los aires en ininterrumpida pasión de vuelos siendo a veces Icaro y otras Gagarin, para buscar la cúspide que llegue al cielo. Y no sólo al cielo, sino a los ojos del que vive en él, para enfrentarse a su mirada desconocida y destellante y renovar el drama del paraíso, volver a probar la fruta de todo conocimiento y de toda sabiduría. Y tal vez no sea más que eso la vida; esta lucha dialéctica entre las ansias desatadas de ascensión y desafío y las fuerzas oscuras que reposan en el centro geométrico de la tierra. Una quiere dejar a la creatura comiendo el pan cotidiano de la envenenada rutina, la otra buscar liberarse y se eleva, vencéndola, hacia las comarcas mágicas de la ingravidez.

Aquella vez paseábamos por las calles de Iquique y no pudimos vencer la tentación de llamar a la puerta. Salió un anciano de rostro arrugado y nos miraba con ojos incrédulos. ¿Quiere subir al mirador? Nos dejó pasar y comenzamos a ascender por la angosta escalera, ya casi destruida; poco a poco, fueron apareciendo los techos de las casas hasta que, al fin, en una de las vueltas, vimos el mar y dominamos hasta el lejano horizonte. Sólo había arriba abandono y suciedad, ¡cuántos años! La esbelta torre construida con delgados pederechos de pino oregón, se balanceaba en el viento, como una nave aérea. A la vuelta, el hombre todavía nos miraba sonriente e irónico. "¿Para qué subir? Hace mucho tiempo que yo no lo hago. La bahía estaba llena de veleros venidos de todas partes del mundo a buscar salitre. Yo era dueño de unas parcelitas en el valle de Azapa y un barco me traía desde Arica las verduras que aquí eran muy codiciadas. En esa época no había cómo comunicarse a distancia, así es que, calculando el día que debía llegar, colocaba un centinela cillá arriba para que me avisara cuando apareciera la embarcación. Gritaba el hombre apenas la veía y teníamos, entonces, tiempo para preparar el recibimiento y las faenas de descargue y transporte. Por eso tengo ahí ese mirador, desde aquellos tiempos. Ahora, no sirve para nada y yo, mire, con estas piernas jamás podría volver a subir".

La mano a veces reposa. O vuela para dejar el barro bajo la hoja que nace y busca la cintura amada o el pecho que guarda un corazón. Y fuimos empujados para abandonar las posiciones cómodas de la horizontalidad, forjando la estructura de nuestros sueños. De los cerebros surgía como un genital erecto, ansioso de oquedades y de creaciones, de humedades y de artesanía, deleitando su epidermis en sacar seres de la nada, colores o formas, direcciones dinámicas que se enfrentan al oxígeno vital. No para dormir en los vientres oscuros, sumergidos eternamente en el líquido amniótico, nos crearon y nos creamos nosotros, los seres vivientes. Por eso, algunos tomaron el camino de la locura y quisieron rescatar estrellas para alumbrarle el camino a los gusanos. Estos alienados estaban construyendo el espíritu con ladrillo y betún, con flores y con metales nuevos. Hasta que pudieron contemplar el planeta coloreado, desde el Universo y podrán, algún día, hacer el amor pulsando el cordón de las galaxias.

Sobre el valle bucólico del Mapocho, el Fundador y Geómetra trazó las líneas ortogonales de la nueva ciudad. Se acomodó entre riscos de montaña y dos brazos de agua. "Aquí estará la plaza y al poniente la Cruz", —símbolo de todo aquello. La tranquilidad horizontal y la dinámica del brazo que busca la locura. Y otra vez, con barro de la tierra y ramas de arbustos, poco a poco, fue construyendo las viviendas. Hasta que el Fundador murió y vinieron otros y otros. . . Y los solares se ensancharon y las viviendas se multiplicaron. Y estaban todos ahí, encerrados en las noches en las casas y en los rincones, viviendo algunos en el amor entre gruesos muros, contemplando árboles y cordilleras. Y el que subiera a los cerros, vería la horizontalidad de las techumbres color tierra y nada más, excepto los campanarios que empezaron a buscar el cielo para dar mayor alcance al cantar de sus campanas.

No se puede despertar de este mismo sueño que se lleva por dentro. Quizás habría que preguntarle a los abuelos la explicación. ¿Podrían decir en qué demarcación comenzó el desvarío y terminó la rutina? ¿Andaban buscando águilas? ¿Querían morder la fruta? Y así, mil interrogantes. Porque se surge, de pronto, a la plena luminosidad y después se cae en un acontecer periódico. No es bueno, sin embargo, —dicen— escuchar las voces del demonio.

Juntaron rayo sobre rayo y una multitud infinita de manos creó maquinarias jamás vistas, rodamientos brillantes, poleas, ruedecillas mágicas, intermitentes goznes de metales desconocidos, émbolos transparentes. El taumaturgo —y poeta— colocó pieza sobre pieza y violó la ley maldita de la gravedad. Todas las ondas invisibles rodearon el planeta y fue destruido el espacio y el tiempo. Y surgió una potencia capaz de coger el águila y de morder la fruta.

Conversábamos los dos, inclinados sobre un plano de Santiago, vacilantes y dubitativos. Los solares del Fundador y Geómetra se habían multiplicado como células golosas de un tejido. Sobre la trama de la cuadrícula íbamos buscando los puntos que a través de la vida de la ciudad, hubieran

podido marcar los hitos de lo que empieza a ser ahora. Por ejemplo, la torre de la iglesia de San Francisco. ¿Y las pirámides de los tajamares del río, los campanarios de las iglesias, los silos en el paisaje rural. . .? Después, en la medida que el hombre fue dominando ciertas técnicas, aparecieron los edificios. ¿Cuál primero? En el centro de la ciudad encontramos el edificio Ariztía y después, los edificios de la Plaza Baquedano en su costado sur, la torre del Seguro Obrero y el faro del edificio de la Sud Americana, cuya débil luz giraba en el cielo de un Santiago provinciano. Ya más tarde, la torre aislada del edificio de Arturo Prat con Alameda, la torre de la Villa Olímpica, la punta de diamante entre Alameda y Parque Forestal, frente a la Plaza Baquedano y que fuera un día no tan lejano, punto preponderante de ese lugar, el cilindro de San Diego, etc. En seguida, vendrían las demás, poco a poco, quebrando el horizonte de la ciudad colonial y trastrocando violentamente la fisonomía urbana del que fuera aquel pequeño caserío fundado por Pedro de Valdivia, hace ya más de cuatro siglos.

Los que construían la torre buscaban la cúspide del cielo. Más, les confundieron el lenguaje y la palabra y fueron esparcidos por toda la faz de la tierra. Desde entonces, tanto destello propio y tanta lucha y tanta muerte han devuelto la voz de la esperanza. Y quizás los esparcidos estén ya más cerca de la perdida unidad. Ahora, sobre horizonte —agua tranquila, arena reposante— volverá a escucharse el grito. Y el relámpago surgirá desde el centro de la tierra para indicar el destino de la luz. En el corazón del hombre se hará carne la gran ecuación y ya no habrá más tarea confundida ni tampoco inútil dispersión.